

Vió una tierna florecilla
Entre la yerba menuda.

Y por si el regio esplendor
De su corona le inquieta,
5 Pregúntale con amor:
— « ¿Cómo te llamas? » — « Violeta, »
Dijo temblando la flor.

— « ¿Y te ocultas cuidadosa
Y no luces tus colores,
10 Violeta dulce y medrosa, *timorous*
Hoy que entre todas las flores
Va el rey á elegir esposa? »

Siempre temblando la flor,
Aunque llena de placer,
15 Suspiró y dijo: — « Señor,
Yo no puede merecer
Tan distinguido favor. »

El rey, suspenso, la mira
Y se inclina dulcemente;
20 Tanta modestia le admira;
Su blanda esencia respira,
Y dice alzando la frente:

firmants « Me depara mi ventura
Esposa noble y apuesta;
25 Sepa, si alguno murmura,
Que la mejor hermosura
Es la hermosura modesta. »

Dijo, y el aura afanosa
Publicó en forma de ley,
30 Con voz dulce y melodiosa,
Que la violeta es la esposa
Elegida por el rey.

Hubo magnificas fiestas,
Ambos esposos se dieron
Pruebas de amor manifiestas,
Y en aquel reinado fueron
5 Todas las flores modestas.

Gustavo Adolfo Bécquer

(1836-1870)

RIMAS ✓

II

Saeta que voladora
Cruza, arrojada al azar,
Sin adivinarse dónde
Temblando se clavará;

Hoja que del árbol seca
Arrebata el vendaval, *strong sea wind*
Sin que nadie acierte el surco
Donde á caer volverá;

Gigante ola que el viento
Riza y empuja en el mar,
15 Y rueda y pasa, y no sabe
Qué playa buscando va;

Luz que en cercos temblorosos
Brilla, próxima á expirar,
20 Ignorándose cual de ellos
El último brillará;

Eso soy yo, que al acaso
Cruzo el mundo, sin pensar
De dónde vengo, ni adónde
25 Mis pasos me llevarán.

VII

Del salón en el ángulo obscuro,
De su dueño tal vez olvidada,
Silenciosa y cubierta de polvo
Véase el arpa.

5 ¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,
Como el pájaro duerme en las ramas,
Esperando la mano de nieve
Que sabe arrancarla!
10 ¡Ay! pensé; ¡cuántas veces el genio
Así duerme en el fondo del alma,
Una voz, como Lázaro, espera
Que le diga: « Levántate y anda! »

VIII

Cuando miro el azul horizonte
Perderse á lo lejos,
15 Al través de una gasa de polvo
Dorado é inquieto,
Me parece posible arrancarme
Del misero suelo,
Y flotar con la niebla dorada
20 En átomos leves
Cual ella deshecho.
Cuando miro de noche en el fondo
Obscuro del cielo
Las estrellas temblar, como ardientes
25 Pupilas de fuego,
Me parece posible á do brillan
Subir en un vuelo,
Y anegarme en su luz, y con ellas
En lumbre encendido
30 Fundirme en un beso.

En el mar de la duda en que *bogo now*
Ni aun sé lo que creo;
¡Sin embargo, estas ansias me dicen
Que yo llevo algo
Divino aquí dentro!

5

XXI

¿Qué es poesía? dices mientras clavas
En mi pupila tu pupila azul;
¿Qué es poesía? Y tú me lo preguntas?
Poesía... eres tú.

LVII

delator
Este armazón de huesos y pellejo,
De pasear una cabeza loca
Cansado se halla al fin, y no lo extraño;
Pues, aunque es la verdad que no soy viejo,
De la parte de vida que me toca
15 En la vida del mundo, por mi daño
He hecho un uso tal, que juraría
Que he condensado un siglo en cada día.
Así, aunque ahora muriera,
No podría decir que no he vivido;
20 Que el *sayo*, al parecer nuevo por fuera,
Conozco que por dentro ha envejecido.
Ha envejecido, sí; ¡pese á mi estrella!
Harto lo dice ya mi afán doliente;
Que hay dolor que al pasar, su horrible huella
25 Graba en el corazón, si no en la frente.

LXXIII

Cerraron sus ojos Y unos sollozando,
Que aun tenía abiertos; Otros en silencio,
Taparon su cara De la triste alcoba
Con un blanco lienzo; Todos se salieron.

30

La luz, que en un vaso 35 De un reloj se oía
 Ardía en el suelo, Compasado el péndulo,
 Al muro arrojaba Y de algunos cirios
 La sombra del lecho; El chisporroteo.
 5 Y entre aquella sombra Tan medroso y triste,
 Veíase á intervalos, 40 Tan obscuro y yerto
 Dibujarse rígida Todo se encontraba . . .
 La forma del cuerpo. Que pensé un momento:
 Despertaba el día, « ¡Dios mío, qué solos
 10 Y á su albor primero Se quedan los muertos. »
 Con sus mil ruidos 45 De la alta campana
 Despertaba el pueblo. La lengua de hierro,
 Ante aquel contraste Le dió, volteando,
 De vida y misterios, Su adiós lastimero.
 15 De luz y tinieblas, El luto en las ropas,
 Medité un momento: 50 Amigos y deudos
 « ¡Dios mío, qué solos Cruzaron en fila,
 Se quedan los muertos! » Formando el cortejo.
 De la casa en hombros Del último asilo,
 20 Lleváronla al templo, Obscuro y estrecho,
 Y en una capilla 55 Abrió la piqueta
 Dejaron el féretro. El nicho á un extremo.
 Allí rodearon Allí la acostaron,
 Sus pálidos restos Tapiáronle luego,
 25 De amarillas velas Y con un saludo
 Y de paños negros. 60 Despidióse el duelo.
 Al dar de las ánimas La piqueta al hombro,
 El toque postrero, El sepulturero
 Acabó una vieja Cantando entre dientes
 30 Sus últimos rezos; Se perdió á lo lejos.
 Cruzó la ancha nave, 65 La noche se entraba,
 Las puertas gimieron, Reinaba el silencio;
 Y el santo recinto Perdido en las sombras,
 Quedóse desierto. Medité un momento:

« ¡Dios mío, qué solos Del húmedo muro 15
 Se quedan los muertos! » Tendida en el hueco,
 En las largas noches Acaso de frío
 Del helado invierno, Se hielan sus huesos! . . .
 Cuando las maderas 5 ¿ Vuelve el polvo al polvo?
 Crujir hace el viento ¿ Vuela el alma al cielo? 20
 Y azota los vidrios ¿ Todo es vil materia
 El fuerte aguacero, *ahueca* Podredumbre y cieno?
 De la pobre niña ¡ No sé; pero hay algo
 A solas me acuerdo. 10 Que explicar no puedo
 Allí cae la lluvia Que al par nos infunde 25
 Con un son eterno; Repugnancia y duelo,
 Allí la combate Al dejar tan tristes,
 El soplo del cierzo. *mette mind* Tan solos los muertos!

Antonio de Trueba

(1821-1889)

AL ANOCHECER

La luna se levanta
 Tras las lejanas cúspides, 30
 Y cual conciencia santa
 Serena está la atmósfera,
 Sereno el mar indómito,
 Sereno el cielo azul . . .
 ¡ Señor! cuando en la calma 35
 Solemne del crepúsculo
 Te busca ansiosa el alma
 De los mortales míseros,
 ¡ Qué desdichados fuéramos
 Si no existieras tú! 40

CANTOS DE PÁJARO

Tengo yo un pajarillo
 Que el día pasa
 Cantando entre las flores
 De mi ventana ;
 5 Y un canto alegre
 A todo pasajero
 Dedicar siempre.
 Tiene mi pajarillo
 Siempre armonías
 10 Para alegrar el alma
 Del que camina . . .
 ¡Oh cielo santo,
 Por qué no harán los hombres
 Lo que los pájaros !
 15 Cuando mi pajarillo
 Cantos entona,
 Pasajeros ingratos
 Cantos le arrojan :
 Mas no por eso
 20 Niega sus armonías
 Al pasajero.
 Tiende las leves alas,
 Cruza las nubes
 Y canta junto al cielo
 25 Con voz más dulce :
 « Paz á los hombres
 Y gloria al que en la altura
 Rige los orbes ! »
 Y yo sigo el ejemplo
 30 Del ave mansa
 Que canta entre las flores

De mi ventana,
 Porque es sabido
 Que poetas y pájaros
 Somos lo mismo.

CANTABRIA

Arboledas seculares, 5
 Mansos ríos, claras fuentes,
 Auras puras, montes altos,
 Vallecitos siempre verdes,
 Casas blancas, torres negras,
 Mares agitados siempre, 10
 Paz y alegría en las almas,
 Santo sudor en las frentes . . .
 Esto inspira mis cantares
 Y esto mi Cantabria tiene.
 Si me pierdo, que me busquen 15
 Desde Híger á Finisterre.

Ventura de la Vega

(1807-1865)

IMITACIÓN DE LOS SALMOS

¡Ay, no vuelvas, Señor, tu rostro airado
 A un pecador contrito !
 Ya abandoné, de lágrimas bañado,
 La senda del delito. 20
 Y en ti, humilde, oh mi Dios, la vista clavo
 Y me aterra tu ceño,
 Como fija sus ojos el esclavo
 En la diestra del dueño.
 Que en dudas engolfado, hasta tu esfera 25

Se alzó mi orgullo ciego,
Y cayó aniquilado cual la cera
Junto al ardiente fuego.

Si en profano laúd lanzó mi boca *lute*
5 Torpes himnos al viento,
Yo estrellaré, Señor, contra una roca
El impuro instrumento.

¡Levántate del polvo, arpa sagrada,
Henchida de armonía!
10 Y tú, por el perdón purificada,
Levántate, alma mía!

Y yo también al despuntar la aurora,
Y por el ancho mundo,
Cantaré de la diestra vengadora
15 El poder sin segundo.

.
.

Andrés Bello

(1781-1865)

LA ORACIÓN POR TODOS

(Imitación de Victor Hugo)

Va á rezar, hija mía. Ya es la hora
De la conciencia y del pensar profundo.
Cesó el trabajo afanador, y al mundo
La sombra va á colgar su pabellón.
20 Sacude el polvo el árbol del camino
Al soplo de la noche, y en el suelto
Manto de la sutil neblina envuelto
Se ve temblar el viejo torreón.

¡Mira! Su rueda de cambiante nácar
25 El Occidente más y más angosta;

Y enciende sobre el cerro de la costa
El astro de la tarde su fanal.
Para la pobre cena aderezado
Brilla el albergue rústico, y la tarda
Vuelta del labrador la esposa aguarda
5 Con su tierna familia en el umbral.

Brota del seno de la azul esfera
Uno tras otro fúlgido diamante;
Y ya apenas de un carro vacilante
Se oye á distancia el desigual rumor.
10 Todo se hunde en la sombra: el monte, el valle,
Y la iglesia, y la choza, y la alquería;
Y á los destellos últimos del día
Se orienta en el desierto el viajador.

Naturaleza toda gime; el viento
15 En la arboleda, el pájaro en el nido,
Y la oveja en su trémulo balido,
Y el arroyuelo en su correr fúgaz.
El día es para el mal y los afanes:
¡Hé aquí la noche plácida y serena!
20 El hombre tras la cuita y la faena
Quiere descanso y oración y paz.

Sonó en la torre la señal: los niños
Conversan con espíritus alados;
Y los ojos al cielo levantados
25 Invocan de rodillas al Señor.
Las manos juntas y los pies desnudos,
Fé en el pecho, alegría en el semblante,
Con una misma voz, á un mismo instante,
Al Padre Universal piden amor.
30

Y luego dormirán; y en leda tropa
Sobre la cuna volarán ensueños,
Ensueños de oro, diáfanos, risueños.
Visiones que imitar no osó el pincel,

Y ya sobre la tersa frente posan,
Ya beben el aliento á las bermejas
Rosas, como lo chupan las abejas
A la fresca azucena y al clavel.

5 Como para dormirse, bajo el ala
Esconde su cabeza la avecilla,
Tal la niñez en su oración sencilla
Adormece su mente virginal.
¡Oh dulce devoción, que reza y ríe!
10 ¡De natural piedad primer aviso!
¡Fragancia de la flor del paraíso!
¡Preludio del concierto celestial!

.
.
.

Ramón de Campoamor y Campoosorio

(1817-1901)

LOS SOLLOZOS ✓

Si á mis sollozos les pregunto adónde
La dura causa está de su aflicción,
15 De un ¡ay! que ya pasó, la voz responde:
« De mi antiguo dolor *recuerdos* son.»
Y alguna vez, cual otras infelice,
Que sollozo postrado en la inacción!
De otro ¡ay! que aun no llegó, la voz me dice:
20 « De mi dolor *presentimientos* son.»
¡Ruda inquietud de la existencia impía!
¿Dónde calma ha de hallar el corazón,
Si hasta sollozos que la *inercia* cría,
Presentimientos ó *memorias* son?

EL MAYOR CASTIGO ✓

Cuando de Virgilio en pos
Fué el Dante al infierno á dar,
Su conciencia, hija de Dios,
Dejó á la puerta al entrar.

Después que á salir volvió, 5
Su conciencia el Dante hallando,
Con ella otra vez cargó,
Mas dijo así suspirando:

Del infierno en lo profundo, 10
No ví tan atroz sentencia
Como es la de ir por el mundo
Cargado con la conciencia.

¡QUIÉN SUPIERA ESCRIBIR! ✓

I

— Escribidme una carta, señor cura.
— Ya sé para quién es.
— ¿Sabéis quién es, porque una noche oscura 15
Nos visteis juntos? — Pues.
— Perdonad, mas . . . — No extraño ese tropiezo.
La noche . . . la ocasión . . .
Dadme pluma y papel. Gracias. Empiezo:
Mi querido Ramón: 20
— ¿Querido? . . . Pero, en fin, ya lo habéis puesto . . .
— Si no queréis . . . — ¡Sí, sí!
— ¡Qué triste estoy! ¿No es eso? — Por supuesto.
— *Qué triste estoy sin ti!*

anquish
Una congoja, al empezar, me viene...

— ¿Cómo sabéis mi mal?...

— Para un viejo, una niña siempre tiene
El pecho de cristal.

5 ¿Qué es sin ti el mundo? Un valle de amargura.

¿Y contigo? Un edén.

— Haced la letra clara, señor cura,
Que lo entienda eso bien.

— *El beso aquel que de marchar á punto*

10 *Te dí...* — ¿Cómo sabéis?...

— Cuando se va y se viene y se está junto,
Siempre... no os afrentéis. *Must*

Y si volver tu afecto no procura

Tanto me harás sufrir...

15 — ¿Sufrir y nada más? No, señor cura,
¡Que me voy á morir!

— ¿Morir? ¿Sabéis que es ofender al cielo?...

— Pues, sí, señor; ¡morir!

20 — Yo no pongo *morir*. — ¡Qué hombre de hielo!
¡Quién supiera escribir!

II

¡Señor Rector, señor Rector! En vano

Me queréis complacer,

Si no encarnan los signos de la mano

Todo el sér de mí sér.

25 Escribidle, por Dios, que el alma mía

Ya en mí no quiere estar;

Que la pena no me ahoga cada día...

Porque puedo llorar.

Que mis labios, las rosas de su aliento,

No se saben abrir;

Que olvidan de la risa el movimiento

A fuerza de sentir.

Que mis ojos, que él tiene por tan bellos,

Cargados con mi afán,

Como no tienen quien se mire en ellos,

Cerrados siempre están.

Que es, de cuantos tormentos he sufrido,

La ausencia el más atroz;

Que es un perpetuo sueño de mi oído

El eco de su voz.

Que siendo por su causa, ¡el alma mía

Goza tanto en sufrir!...

Dios mío, ¡cuantas cosas le diría

Si supiera escribir!...

III

Epílogo

— Pues señor, ¡bravo amor! Copio y concluyo:

A don Ramón... En fin,

Que es inútil saber para esto arguyo

Ni el griego ni el latín. —

EL DESCREIMIENTO

(*A S.M. la Reina Doña Isabel II*)

Más que la luz de la razón humana,

Amo la oscuridad de mi deseo,

Y más que la verdad de cuanto veo,

Quiero el error de mi esperanza vana.

Tenéis razón, hermosa Soberana,
Que no sé cuando dudo y cuando creo;
Si hoy, comparado á mí, todo es ateo,
Tal vez de todo dudaré mañana.

5 Entre creer y dudar, mi alma indecisa,
Mientras pasa esta vida de quebranto,
Que es eterna en dar fin, yendo de prisa,
El dudar y creer confunde tanto,
10 Que unas veces mi llanto acaba en risa,
Y otras veces mi risa acaba en llanto.

EL CIELO DE LEOPARDI

¡Genio infeliz! en su primer momento
A su amiga la muerte le decía:
— «Dame la nada, esa región vacía
En que no hay ni placer ni sufrimiento.
15 Donde se halla la vida está el tormento.
Dame paz en la nada — repetía, —
Y mata con el cuerpo el alma mía,
Esta amarga raíz del pensamiento.»

20 Al oírle implorar de esta manera
Consolando al filósofo afligido,
La muerte le responde: — « Espera, espera;
Que en paga de lo bien que me has querido,
Mañana te daré la muerte entera
Y volverás al sér del que no ha sido.»

LAS DOS GRANDEZAS

25 Uno altivo, otro sin ley,
Así dos hablando están:
— Yo soy Alejandro el rey.
— Y yo Diógenes el can.

— *Vengo á hacerte más honrada
Tu vida de caracol.
¿Qué quieres de mí? — Yo, nada;
Que no me quites el sol.

— Mi poder . . . — Es asombroso, 5
Pero á mí nada me asombra.
— Yo puedo hacerte dichoso.
— Lo sé, no haciéndome sombra.

— Tendrás riquezas sin tasa,
Un palacio y un dosel. 10
— ¿Y para qué quiero casa
Más grande que este tonel?

— Mantos reales gastarás
De oro y seda. — ¡Nada, nada!
¿No ves que me abriga más 15
Esta capa remendada?

— Ricos manjares devoro.
— Yo con pan duro me allano.
— Bebo el Chipre en copas de oro.
— Yo bebo el agua en la mano. 20

— Mandaré cuanto tú mandes.
— ¡Vanidad de cosas vanas!
¿Y á unas miserias tan grandes
Las llamáis dichas humanas?

— Mi poder á cuantos gimen, 25
Va con gloria á socorrer.
— ¡La gloria, capa del crimen;
Crimen sin capa ¡el poder!

— Toda la tierra iracundo
Tengo postrada ante mí.
— ¿Y eres el dueño del mundo,
No siendo dueño de ti?

5 — Yo sé que, del orbe dueño,
Seré del mundo el dichoso.
— Yo sé que tu último sueño
Será tu primer reposo.

10 — Yo impongo á mi arbitrio leyes.
— ¿Tanto de injusto blasonas?
— Llevo vencidos cien reyes.
— ¡Buen bandido de coronas!

15 — Vivir podré aborrecido,
Mas no moriré olvidado.
— Viviré desconocido,
Mas nunca moriré odiado.

20 — ¡Adiós! pues romper no puedo
De tu cinismo el crisol.
— ¡Adiós! ¡Cuán dichoso quedo,
Pues no me quitas el sol! —

Y al partir con mutuo agravio,
Uno altivo, otro implacable,
— ¡Miserable! dice el sabio;
Y el Rey dice: — ¡Miserable!

LAS DOS TUMBAS

25 « ¡Cuán honda, oh cielos, será!, »
Dije, mi tumba mirando,
Que va tragando, tragando,
Cuanto nació y nacerá.

Y huyendo del vil rincón
Donde al fin seré arrojado,
Los ojos metí espantado
Dentro de mi corazón.

Mas cuando dentro miré, 5
Mis ojos en él no hallaron
Ni un sér de los que me amaron,
Ni un sér de los que yo amé.

Si no hallo aquí una ilusión, 10
Y allí sólo hallo el vacío,
¿Cuál es más hondo, Dios mío,
Mi tumba, ó mi corazón? . . .

Juan Valera y Alcalá Galiano

(B. 1827)

NOCHE DE ABRIL

Es ya tarde: bate el sueño
Sobre la ciudad sus alas,
En el silencio sus galas 15
Muestra la noche gentil;
Abren su seno las flores
Al rocío transparente,
Y se respira el ambiente
Perfumado del abril. 20

En Nápoles, en las noches
De primaveras serenas,
Vierte por todas sus venas
Naturaleza su amor;
Y es el silencio armonía, 25
Bálsamo el aire, las flores
Ninfas, las sombras colores,
Y los claros resplandor.

Y todo vago, indeciso,
 Dulcemente se confunde,
 Y melancolía infunde
 Tan süave al corazón,
 5 Que en la atmósfera mecido
 De sus sueños se recrea,
 Gira y corre distraído
 De ilusión en ilusión.
 No va el silfo más ligero
 10 En un rayo de la luna;
 Ya acaricia lisonjero
 Con sus besos una flor;
 Ya en la límpida laguna
 Forma un riel de topacio,
 15 Ya perdido en el espacio
 Se disipa cual vapor.

EL FUEGO DIVINO

De la inclinada fuente
 En copioso raudal brotaste pura,
 Alma luz refulgente;
 20 Entonces con ternura
 Latió fecundo el seno de natura.

 Tú eres la luz, la vida,
 La inteligencia, el fuego, el movimiento;
 Tú la llama escondida
 25 Que da al sol alimento,
 Y armonioso vigor al firmamento.

 Con vivífico aliento
 Virtud prestaste á la materia inerte,

La fuerza y movimiento,
 Que en sus átomos vierte
 Al sacarlos del seno de la muerte.

Y la forma elevada
 Misteriosa del hombre creaste luego; 5
 A su mente sagrada
 Diste noble sosiego,
 A sus ojos el brillo de tu fuego.

Levantaste su frente,
 Hermoso asiento de tu lumbre viva, 10
 Hacia el cielo eminente,
 Do á su mirada altiva
 Ni de tu sér la oscuridad se esquivaba.

Cuanto existe en la tierra,
 De oro y fango, de bálsamo y veneno, 15
 Cuanta virtud encierra
 En su fecundo seno
 El éter infinito, de astros lleno,

Diste con armonía,
 Breve mundo, del hombre á la existencia; 20
 Como en oriente el día
 Brotó la inteligencia,
 De su completo ser oculta esencia.

La pompa de los mundos,
 Todo sér, toda vida en ella vive; 25
 Los ámbitos profundos
 Del cielo en sí recibe,
 Y de su inmensidad los circunscribe.

Su perfume derrama
 La flor, el ave canta, el mar resuena;
 Cuanto aborrece y ama,
 Todo deleite y pena
 5 Está en el alma, y los espacios llena.

Su luz el astro envía,
 Y tarda siglos en cumplir su anhelo;
 No acaba su porfía,
 No hiere el mortal velo,
 10 Mas en el alma está como en el cielo.

¿Qué habrá que satisfaga
 Al sér amante en la creación entera?
 ¿De qué beldad se paga
 Si por alta manera
 15 Todo en el alma está como en su esfera?

¿A qué este amor intenso?
 ¿Qué ignoto sér la voluntad adora?
 ¿Dónde el objeto inmenso,
 La fuerza vencedora
 20 Que domina al amor que le devora?

.....
 El alma es consonancia
 De todo lo creado, y sus amores
 Son la luz, la fragancia
 De estrellas y de flores,
 25 ¿Quién detiene perfumes y fulgores?

.....
 La bien templada lira
 De cada cuerda exhala melodiosa

Distinto son, y admira
 De la máquina hermosa
 Dando el conjunto música armoniosa.

Enemigas y fieras
 Potencias une al mismo fin el hado;
 5 Así de las esferas
 El giro arrebatado
 Da un concierto sublime y alternado .

Gaspar Núñez de Arce

(B. 1834)

¡EXCELSIOR!

¿Por qué los corazones miserables,
 Por qué las almas viles,
 10 En los fieros combates de la vida
 Ni luchan ni resisten?

El espíritu humano es más constante
 Cuanto más se levanta:
 Diós puso el fango en la llanura, y puso
 15 La roca en la montaña.

La blanca nieve que en los hondos valles
 Derrítese ligera,
 En las altivas cumbres permanece
 20 Inmutable y eterna.

Á ESPAÑA

Roto el respeto, la obediencia róta,
De Dios y de la ley perdido el freno,
Vas marchando entre lágrimas y cieno,
Y aire de tempestad tu rostro azota.

5 Ni causa oculta, ni razón ignota
Busques al mal que te devora el seno;
Tu iniquidad, como sutil veneno,
Las fuerzas de tus músculos agota.

10 No esperes en revuelta sacudida
Alcanzar el remedio por tu mano
¡Oh sociedad rebelde y corrompida!

Perseguirás la libertad en vano,
Que cuando un pueblo la virtud olvida,
Lleva en sus propios vicios su tirano.

MISERERE

15 Es de noche: el monasterio
Que alzó Felipe Segundo
Para admiración del mundo
Y ostentación de su imperio,
Yace envuelto en el misterio
20 Y en las tinieblas sumido.

De nuestro poder, ya hundido,
Último resto glorioso,
Parece que está el coloso
Al pie del monte, rendido.

25 El viento del Guadarrama
Deja sus antros oscuros,
Y estrellándose en los muros
Del templo, se agita y brama.
Fugaz y rojiza llama
30 Surca el ancho firmamento,

Y á veces, como un lamento,
Resuena el lúgubre son
Con que llama á la oración
La campana del convento.

La iglesia, triste y sombría, 5
En honda calma reposa,
Tan helada y silenciosa
Como una tumba vacía.

Colgada lámpara envía
Su incierta luz á lo lejos, 10
Y á sus trémulos reflejos
Llegan, huyen, se levantan

Esas mil sombras que espantan
A los niños y á los viejos.

De pronto, claro y distinto, 15
La regia cripta conmueve
Ruido extraño, que aunque leve,
Llena el mortuorio recinto.

Es que el César Carlos Quinto,
Con mano firme y segura 20
Entreabre su sepultura,
Y haciendo una horrible mueca,
Su faz carcomida y seca
Asoma por la hendidura.

Golpea su descarnada 25
Frente con tenaz empeño,
Como quien sale de un sueño
Sin acordarse de nada.

Recorre con su mirada
Aquel lugar solitario, 30
Alza el mármol funerario,
Y arrebatado y resuelto
Salta del sepulcro, envuelto.
En su andrajoso sudario.